
Una conciencia específicamente cristiana según San Pablo

P. Alberto Múnera D., S.J.*

INTRODUCCION

La Teología Moral post-conciliar ha estado buscando caminos de profunda y radical renovación. Siguiendo el espíritu del Concilio, se ha esforzado por retornar a las fuentes escriturísticas y tradicionales, con lo cual ha entrado en intenso contacto con la experiencia cristiana de los primeros siglos de la Iglesia.

En este contexto la Teología Moral ha vuelto a descubrir que el obrar cristiano presenta ciertas especificidades que permiten distinguirlo del obrar del no-cristiano.

Es así como grandes maestros de la Teología Moral contemporánea,

entre ellos el P. Josef Fuchs, S. J., han iniciado la búsqueda de los principios que permitan definir lo específico de la Moral cristiana.

Tratando de ofrecer alguna humilde contribución a este esfuerzo conjunto de los moralistas contemporáneos, he tratado de presentar una tesis que podríamos formular muy simplemente de la siguiente manera:

“Existe una diferencia radical (ontológica) entre el no-cristiano y el cristiano. Esta diferencia, producida por el proceso de la justificación y de la gracia, tiene que afectar necesariamente la estructura

* Doctor en Filosofía y Letras, Universidad Javeriana.
Doctor en Teología, Universidad Gregoriana.
Decano Académico Facultad de Teología Universidad Javeriana.

cognoscitiva y volitiva del cristiano”.

Esta tesis contribuye al esfuerzo mencionado de establecer la especificidad de la Moral cristiana, en cuanto pretende afirmar que la transformación operada en el cristiano por la justificación y la gracia, determina un comportamiento específicamente cristiano, marcado por características propias de quien ya es hijo de Dios, partícipe de la naturaleza divina, nueva creatura, sujeto de inhabitación de la Trinidad.

Ahora bien, la intención del presente ensayo quiere reducirse a comprobar, especialmente en los textos paulinos, cómo la comunidad primitiva cristiana aplicó la tesis arriba enunciada, al campo de lo conciential.

Se trata, pues, de comprobar que la comunidad primitiva cristiana de contexto paulino, fue consciente de que la transformación operada por la justificación y la gracia, determinaba en el cristiano un cambio radical en su conciencia (estructura cognoscitiva). Con lo cual se podría hablar en plena lógica, de una “conciencia específicamente cristiana”. Correlativamente podría hablarse de una “libertad específicamente cristiana” si aplicamos el mismo principio a la estructura volitiva del cristiano. En esta oportunidad me reduciré al estudio del aspecto conciential.

Si lo que acabamos de plantear es correcto, podríamos decir en-

tonces que el tratamiento del tema “conciencia” en la Teología Moral debería ser asumido desde esta perspectiva y no desde la perspectiva psicológica como ocurre en la mayoría de los tratados de Moral, Porque el aspecto psicológico de la conciencia es común al no-cristiano y al cristiano. Mientras que la consideración sobre una conciencia específicamente cristiana por razón de la justificación y de la gracia, es objeto propio de la Teología Moral.

De esta manera la Teología Moral, en lo que al tema “conciencia” se refiere, debería prescindir del tratamiento psicológico propio de la Filosofía o de la Psicología, para centrarse en aquello que le compete por su carácter teológico. Así se podrá progresar en el campo de la Moral haciendo que esta ciencia teológica se vaya liberando del pesado lastre filosófico que tanta eficacia le ha restado en los decenios anteriores al Concilio.

Veamos, entonces, algunas consideraciones de antropología específicamente cristiana referidas al tema de la conciencia en contexto teológico paulino:

1. EL INFLUJO DEL SER CRISTIANO EN LA CONCIENCIA

La conciencia es el centro de la persona. Si el centro de la persona

es afectado por la Gracia, quiere decir que es allí donde se opera la transformación radical producida por la justificación.

Por consiguiente, no se puede aceptar que la conciencia cristiana sea idéntica a la del no cristiano, por razón del nuevo ser o nueva persona que es el cristiano.

En consecuencia, las afirmaciones y explicaciones sobre el ser y obrar de la conciencia moral, provenientes de la Psicología, no se refieren al ser específicamente cristiano. Incluso no logran tocar sino la periferia del verdadero ser, en forma que los datos sobre la conciencia cristiana no pueden provenir de la Psicología sino de la Revelación.

El ser y el obrar de la conciencia cristiana se establecen a partir de lo que es la Gracia. Pero siendo el aspecto conciencia del hombre el que se refiere a su conocer o entender, su juzgar y su discernir en función del obrar, la relación de la Gracia con la conciencia cristiana ha de referirse esencialmente a estas funciones.

Las funciones indicadas son las funciones del espíritu humano. Esencialmente la relación de la Gracia con la conciencia cristiana se refiere a la presencia y obrar del Espíritu Santo en el espíritu humano.

1.1 Experiencia de la inmanencia del Espíritu en el espíritu

Aceptando inicialmente que la conciencia cristiana es la presencia y obra del Espíritu Santo en el espíritu humano, resulta ante todo que el factor conciencia cristiana no se reduce a una estructura y operatividad síquica del sujeto, sino también a una estructura y actividad operacional del Espíritu Santo en el siquismo humano.

El primer rasgo de la experiencia del Espíritu en el espíritu es el de la iniciativa divina: el hombre capta, desde los primeros instantes de su proceso de conversión a Dios, una invitación o iniciativa divina que impulsa hacia el mismo Dios.

Segundo rasgo de esta experiencia es el hecho del crecimiento en ella misma. El desarrollo del conocimiento del misterio de Cristo, el progreso en el establecimiento de las relaciones humano-trinitarias, la profunda penetración de la fe, el aumento de amor y de esperanza, son obra del Espíritu en el espíritu.

La acción del Espíritu Santo implica una docilidad del espíritu humano para que ocurra el crecimiento en la fe. Esta docilidad se expresa en una cierta pasividad interna y una respuesta generosa al impulso del Espíritu. Esto es lo que San Pablo llama "avanzar por el

Espíritu”, es el “realizar los frutos del Espíritu” (Gal 5,16-23), es el “servir en novedad de Espíritu”, es “no extinguir el Espíritu” (1 Tes 5,19-22), “no contristar al Espíritu Santo de Dios” (Ef 4,30).

La docilidad al Espíritu Santo es la fidelidad a las exigencias concretas y precisas de la fe.

Tercer rasgo de esta experiencia de progresiva docilidad es la asimilación a Cristo, es la verdadera participación de la filiación de Cristo.

Cuarto rasgo de la experiencia es su eclesialidad: ocurre en la Iglesia (asamblea de los hijos de Dios) y en función de la totalidad del Cuerpo de Cristo.

Quinto rasgo de la experiencia es su carácter de misterio, de unión en la unidad: el Espíritu y el espíritu son dos, irreductiblemente y sin confusión, en el seno de su unión: en el Espíritu nosotros clamamos Padre (Rm 8,15), gemimos esperando la filiación (Rm 8,23); a nosotros el Espíritu dona su testimonio (Rm 8,16) y nos comunica su ayuda (Rm 8,26).

Esta unión se realiza en una unidad de vida: de tal manera el Espíritu se hace principio directo de toda moción o movimiento de nuestro espíritu, que es él quien clama a

Dios (Gal 4,6), y es él quien intercede y gime en nosotros (Rm 8,26).

En el seno de la dualidad personal que subsiste siempre entre el Espíritu y el cristiano, hay una unión ontológica entre el Espíritu que es dado y el espíritu que lo acoge, y por consiguiente, una unidad espiritual entre los dos, en el acto mismo que surge como de una sola fuente y de un solo principio: del Espíritu divino y de la debilidad transfigurada y dócil de nuestro espíritu.

Esta unidad plena corresponde a una pasividad suprema consistente en la entrega libre y total de la libertad al Espíritu.

Sexto rasgo de la experiencia es su carácter mediato personal. Esta mediatez no significa percepción clara, sino al contrario oscuridad. La experiencia sucede a través de un testimonio que el mismo Espíritu rinde a nuestro espíritu. En realidad la experiencia sucede por la mediación de sus propios signos.

Estos signos son esencialmente las comunicaciones hechas por Dios al hombre, en donde nos revela su misterio personal.

La experiencia del conocimiento del misterio personal de Dios en Cristo tiende a la inmediatez del tú, del cara a cara de la eternidad. Pero mientras ese punto final llega, la experiencia se desarrolla en un

descubrimiento permanente de la presencia activa personal de Dios en nuestra historia, en nuestra vida.

Por la experiencia del Espíritu lo que nos ha sido dado es la posibilidad de descubrir el amor personal de Dios que busca dentro del ser humano una respuesta de amor.

Séptimo rasgo de la experiencia es su ocurrencia en movimientos espirituales (cfr. Rm 8). Se trata de las reacciones que el Espíritu suscita en el espíritu: lucha contra el impulso de la "carne" (sentido paulino), ternura filial, sentimiento de la victoria de Dios, etc. Los actos y sentimientos espirituales de este género son también signos de la presencia activa del Espíritu en el espíritu.

Octavo rasgo de la experiencia es su certeza en la esperanza (Rm 8,9). Como tal esta certeza, en comparación con la certeza humana. Sería débil; pero si se tiene en cuenta que la esperanza se fundamenta en el don de Dios al hombre en Cristo, se fundamenta en la realización de las promesas, esta certeza resulta superior a toda certeza simplemente humana. El corazón del hombre donde opera el Espíritu Santo es de tal manera misterio divino, que solo es plenamente luminoso a los ojos de Dios, o a nuestros ojos cuando lo vemos todo con la visión divina.

Estos son los rasgos más sobresalientes de la experiencia del Espíritu en el espíritu humano, base que establece el ser y la actividad de la conciencia cristiana en términos absolutamente teológicos.

1.2 Funciones de la conciencia cristiana

1.2.1 *El conocimiento: aspecto cognoscitivo*

El contenido del aspecto de la conciencia cristiana se obtiene dentro de la Revelación neo-testamentaria a través de ciertos conceptos que los manifiestan.

Primer concepto de estos es el "Nous" de que habla San Pablo:

Es la facultad de entendimiento, fuente de actividad especulativa, que se relaciona ciertamente con el juicio y el discernimiento y tiene también una connotación moral.

Este "Nous" no es la simple facultad cognoscitiva humana, sino, precisamente, dicha facultad en cuanto informada por el Espíritu Santo: el "Nous" está informado por la voluntad divina (Rm 12,2), se opone a las exigencias del pecado (Rm 7,25); sus pensamientos son función de las disposiciones del corazón o actitud general del espíritu (Ef 4,17-18). El "Nous" viene a ser una especie de "mentalidad" propia del cristiano.

El "Nous" entenebrecido no puede captar la verdad ni apreciar el bien (Ef 4,17; 1 Tim 6,5; 2 Tim 3,8; Ti 1,15 etc).

El "Nous" entenebrecido se "carnaliza" (Col 2,18).

El hombre nuevo re-nueva su "Nous" (Rm 12,2), es decir, adquiere una espiritualización por obra del Espíritu Santo (Ef 4,23).

El crecimiento del hombre interior se realiza en el pensamiento y en la mentalidad: la razón carnal se hace espiritual, lúcida y sensible a las realidades divinas, se hace capaz de servir a Dios (Rm 7,25).

Es importante notar que el "Nous" paulino no se refiere ni directamente ni primordialmente al "Nous" o razón como lo entendían los griegos. Más bien había que decir que este término en San Pablo de traducir el contenido del concepto hebreo de "rouah".

El "Nous" o facultad cognoscitiva in-formada por el Espíritu Santo es la sede de la sabiduría.

San Pablo sabe muy bien que la sabiduría cristiana no se parece en nada a la sabiduría humana, pues su objeto inmediato es el misterio de Cristo.

El cristiano se hace sabio en sentido cristiano (2 Tim 3,15; Sant 3,13; Ef 4,5).

La sabiduría del cristiano es la participación de la Sabiduría divina que le ha sido comunicada en Cristo (Sant 1,5; 1 Cor 2,13; 1 Tes 4,9; Jn 6,45; 1 Jn 2,27).

En Cristo tenemos los cristianos la Sabiduría de Dios (Col 2,3).

Poseyendo a Cristo se posee la Sabiduría de Dios (1 Cor 1,30; 1 Cor 2,6-7).

El cristiano debe vivir en Sabiduría (1 Tes 4,11).

La sabiduría cristiana es la del corazón (sentido hebreo de corazón) (1 Tim 1,5; Heb 10,22-25), es

la sabiduría que fomenta la caridad (pues viene del Espíritu) y habla el lenguaje del Espíritu Santo (1 Cor 2,13).

Si la Sabiduría es la posesión de la Verdad, recuérdese cómo Cristo (Evangelio según San Juan) asegura que el Espíritu Santo que vendrá a los corazones cristianos descubrirá a estos toda la Verdad. El es el Espíritu de Verdad.

El segundo concepto que permite penetrar en el contenido de la función cognoscitiva de la conciencia cristiana es el "Pneuma":

Es el constitutivo mismo de la personalidad cristiana, es la plenitud del "Nous" in-formado por el Espíritu Santo, es el espíritu cristiano en cuanto cristiano, en cuanto espiritualizado por el Espíritu divino.

Para San Pablo el hombre sin Espíritu Santo es simple "psyje" (1 Cor 2,14).

El progreso en la vida cristiana consiste en una espiritualización del "Nous" cada vez mayor, hasta que se constituya en "Pneuma" por la plena posesión del Espíritu Santo (Ef 4,23).

El "Pneuma" viene a ser esa disposición de espíritu original y permanente que equivale a una facultad propia del "hombre nuevo". Es la facultad de lo divino.

Esta facultad la recibe el bautizado y es la que le permite la comunicación con Dios, le permite la semejanza con Cristo (1 Cor 15,45),

le hace poseedor de una segunda naturaleza propiamente divina (el "Pneuma" es la santidad divina, la naturaleza divina: Cfr Rm 1,4).

Se podría considerar al "Pneuma" como el lugar de ubicación de los dones divinos (Gal 6,18; Fil 4, 23; File 25; 2 Tim 4,22).

El "Pneuma" es el impulsador de la vida, órgano de la oración (1 Cor 14,14-15) y es el principio motor de toda la vida espiritual cristiana (Gal 5,5; 5,16; Rm 8,2.4-6.13).

El mismo nombre de "Pneuma" indica su relación privilegiada con el Espíritu Santo, de tal manera que es imposible saber con exactitud si una inspiración o moción viene de éste o de aquél (Gal 5,18,25).

El "Pneuma" participado es el punto de inserción de la gracia en el alma. Se distingue del simple espíritu humano (que en términos paulinos es la "psyje") y del Espíritu Santo, como puede verse en Rm 8,9 y Rm 8,16.

Es una cualidad sobrenatural comunicada por el Espíritu Santo, que produce en el hijo de Dios una psicología correspondiente a su nueva naturaleza.

El cristiano poco desarrollado, niño en la fe, es todavía muy "carnal", poco "espiritual" en el sentido de posesión del "Pneuma" (1 Cor 2,10 ss.). Los adultos en la fe han crecido en su agudeza de percepción cognoscitiva de "las cosas de Dios" y son los llamados por San Pablo "espirituales" o que actúan no "según la carne" (kata sar-

ka) sino "según el Pneuma" (Rm 8,5).

Que el crecimiento en la espiritualización o divinización se refiera esencialmente a una mayor agudeza en la percepción cognoscitiva divina en el hombre regenerado, consta por textos paulinos como el de Col 1,9; 1 Cor 1,19; 2 Tim 2,7; Ef 3,4; Col 2,2).

Precisamente en estos textos San Pablo utiliza la palabra que técnicamente en terminología griega designa la "con-scientia"; es decir, la "synesis" (concepto equivalente a la "syneidesis - con-scientia). Si bien la "synesis" es un concepto más amplio que la "syneidesis" por cuanto ésta sólo se refiere a la "auto-conciencia" o conciencia de sí mismo, mientras la "synesis" se refiere a la percepción concienical cognoscitiva de las realidades. Es propiamente la función cognoscitiva de la conciencia.

El tercer concepto que nos permite penetrar en el contenido propio de la función cognoscitiva de la conciencia es el "corazón", entendido este en términos y categorías hebreos.

El "Kardia" o corazón es equivalente al "Pneuma" de que hablamos en las líneas anteriores. Así se puede ver en Gal 4,7 y en Rm 8,15-16.27; 2Cor 1,22.

El corazón es el lugar de recepción de los dones divinos, específicamente de la fe y de la caridad (2 Tes 3,5) (Rm 5,5; 1 Tim 1,5; Ef 3,17 etc.).

El corazón, para los hebreos, es la facultad de pensar y de amar (Fil 4,7; Hebr 4,12). El corazón es, por tanto, el que percibe el llamamiento de Dios y lo acepta o rechaza: en el corazón ocurren los pensamientos buenos y malos; respecto al corazón como centro de pensamientos oscuros o de oscuridad de percepción cognoscitiva, cfr. Rm 1,21; Ef 4,18. El corazón como dócil a la iluminación cognoscitiva, cfr. Rm 6,17; 2Cor 4,6; Ef 2,18.

El corazón es la conciencia cristiana en donde está inscrita la ley (del Espíritu Santo) (Hebr 8,10) y es el corazón el que, después de su función cognoscitiva, va a discernir entre el bien y el mal (Rm 2,15).

1.2.2. *El juicio: aspecto crítico*

No basta el conocimiento para estructurar la conciencia. El "nous" del cristiano, poseedor de la "sabiduría" divina y espiritualizado en forma de "Pneuma" o "corazón" cristiano, debe proceder a comprender ("eidenai" = sentido de lucidez y penetración intelectual: Mc 4,13; Jn 11,49; 13,7; 1Cor 13,2; 14,16), a lograr una justa apreciación ("epignoskein": 1 Cor 16,18; "krinein": Lc 12,56-57; "eis to eidenai": Ef 1,18). Esto corresponde al ideal hacia al que tiende la sicología cristiana, dependiente de este tipo de "saber" (Rm 5,3; 8,28, etc.).

Corresponde esta función crítica al "logizesthai", reflexionar o apreciar moralmente (2Cor 10,7,11; Rm 14,14; Fil 4,8; 1Pe 5,12). Tiene un sentido de ponderación (Rm 8, 18), es un "darse cuenta", es un deliberar.

Los discípulos de Cristo deben ser aptos para juzgar lo que "justamente" se debe realizar (Lc 12,57; Hech 15,22-25; 1Cor 3,18) (File 21).

Corresponde a la madurez de razonamiento cristiano (Ef 4,15; 1Cor 2,6; Col 1,28; 1Cor 3,1; 1Cor 14,20; 1Cor 11,13; Rm 14,13; 1Cor 10,5).

Se trata de un juicio equilibrado o resolución bien reflexionada; es la fuente de toda moral práctica, después de la función cognoscitiva y antes del discernimiento de la acción.

1.2.3. *El discernimiento: aspecto selectivo*

La función selectiva, después del entender y del juzgar, es la base que permite distinguir la ética pagana de la moral cristiana. Incluso distingue a esta de la moral judía. El fundamento último de este poder de discernimiento es la presencia activa del Espíritu en el espíritu, lo que determina un conocimiento de Dios que permite obrar en conformidad con su voluntad. En los no cristianos esto no sucede (Rm. 1,28).

Los judíos, informados acerca de la voluntad divina por la posesión de la ley, saben discernir (Rm 2,18) (Cfr. Fil 1,10; 1Cor 15,41; Gal 4,1; Mt 6,27; 10,31; 12,10; Gal 2,6; Hebr 5,14).

El cristiano no solamente recibe la sabiduría de las cosas de Dios, y no solamente tiene capacidad de juicio correcto sobre ellas, sino que logra discernir o comprender co-

rectamente la voluntad divina (Ef 5,17), logra identificar sin cesar cuál es su beneplácito (Ef 5,10; verbo "dokimazein").

El discernimiento viene a constituir el fenómeno propio de la conciencia moral en cuanto indica cuál debe ser la conducta propia del cristiano, en conformidad con la voluntad divina, esto es, en conformidad con el Espíritu Santo (Rm 12,2; "metamorfousthe te anakainosei tou nous, eis to dokimazein... to agathon...").

El fenómeno concienencial de discernir ocurre por la sabiduría e inteligencia espiritual (Col 1,9-10). La "cantidad" de amor presente en el espíritu humano (es decir, la "cantidad" de presencia del Espíritu en el espíritu es lo que permite el recto discernimiento ("e agape...perisseue en epignosei kai pase aisthesei, eis dokimazein umas ta diaferonta": Fil 1,9).

Porque el amor posee una intuición advinadora de los secretos del amado, la caridad ilumina los ojos del corazón (Ef 1,18).

Dos facultades o disposiciones concienenciales constituyen básicamente el discernimiento: la "epignosis" o percepción de las exigencias del amor manifiesto de Dios y de Cristo, esto es, la exigencia de una respuesta de gratitud frente a la generosidad divina (Rm 12,1), espontaneidad de sumisión total de la vida en la entrega a Cristo; y la "aisthesis" o sentido moral, facultad de percepción espiritual para discernir el bien (Cfr. 4,19; 2Tim 2,26; Hebr 5,14).

Estas dos facultades se dirigen directamente al obrar, son ya el único proceder concienencial antes de la opción volitiva del acto operativo. Ambas facultades están plenamente imbuídas por y en dependencia del "agape"; verdadera luz de la conciencia. De modo que es el Espíritu Santo quien discierne el bien del obrar en Cristo (Rm 13,10; 2Cor 13,5; Ef 3,17-19; 2Cor 5,14; 1Cor 13,4-7; Rm 7,23).

2. FORMACION DE LA CONCIENCIA CRISTIANA

El haber establecido una diferencia tan radical entre la conciencia humana y la conciencia del cristiano, implica que la formación de la conciencia cristiana se dirija esencialmente a los fenómenos indicados de la obra del Espíritu Santo en el espíritu humano, y no tanto a la capacitación psicológica de una conciencia cualquiera para la selectividad del bien.

La formación de la conciencia cristiana equivale a una verdadera evangelización y catequesis que se orienta principalmente a la profundización en el conocimiento del misterio de Cristo y termina en un discernimiento espiritual a través de la oración o contacto íntimo del espíritu con el Espíritu.

La formación de la conciencia no es sino una parte de la educación cristiana, entendida ésta como el desarrollo de la nueva vida adquirida por el Bautismo.

Normalmente la educación cristiana y, por tanto, la formación de

la conciencia, deberían terminar en una verdadera "mística" cristiana, en una alta vida de oración. La ascética, siguiendo el sentido paulino del término, se distingue del ascetismo y se convierte en el sistema cristiano de estar continuamente atento a la voz del Espíritu.

La formación de la conciencia no es una obra realizada de una vez por todas en la infancia o la adolescencia, sino que es el continuo proceso del cristiano, consistente en avanzar por las vías del Espíritu para mantenerse atento a sus impulsos. Es una continua maduración en la sensibilidad a la obra del Espíritu en el espíritu. Es la adquisición de la verdadera madurez del hombre de Cristo, del hombre del Espíritu.

Desafortunadamente esta formación de la conciencia ha sido relegada a quienes "abandonando" el mundo se dedican a la contemplación. Cuando debería ser la esencia de la vida de todo cristiano.

Se ubica la evangelización y la catequesis en asuntos de menor importancia y no se capacita a los cristianos para distinguir la voz de su Espíritu Santo en todo momento y en toda circunstancia.

2.1 La educación del cristiano

Consiste, según el Nuevo Testamento, esencialmente en el adquirir la "sabiduría" del cristiano ("sofizein": 2 Tim 3,15; Sant 3,13; Ef 5,15).

Instruir a un cristiano consiste en la comunicación de la Sabiduría

divina, en la comunicación del misterio de Cristo, en hacerlo poseedor de la Palabra divina que es Cristo, en hacer que realice la experiencia del Espíritu Santo, en hacerlo verdadero hijo de Dios.

Esta labor no puede ser obra humana. El hombre únicamente sirve de testigo de Cristo para que el Espíritu Santo obre el proceso de inhabitación, realizando la justificación y la santificación. El hombre pone en contacto al hombre con el misterio de Cristo, y el resto es obra del mismo Dios. Porque la comunicación de la Sabiduría divina es obra de Dios y no del hombre, debido a que viene a ser la comunicación de la intimidad divina al hombre (1 Cor 2,13; 1 Tes 4,9; Jn 6,45; 1 Jn 2,27; Sant 1,5; Lc 21,15; Ef 1,17; 2Pe 3,15).

No basta la comunicación de la Sabiduría divina para que el cristiano haya adquirido su educación propia: al cristiano que ha recibido este don de Dios, le corresponde un trabajo de asimilación que no consiste en aceptar una doctrina y hacerla propia. Educación cristiana no es sinónimo de conocimiento. La asimilación de la Sabiduría divina es un verdadero proceso de educación o desarrollo, capacitación de las facultades cristianas. Es una verdadera "paideia", proceso en que el cristiano, como un niño, es conducido por el Espíritu en la maduración de sus potencias correspondientes a su nuevo ser, a su nueva vida.

La "paideia" se refiere no solo a la adquisición de una madurez en las facultades cristianas, sino a una

capacitación para el obrar de acuerdo con el Espíritu.

La misión apostólica consiste esencialmente en "hacer discípulos" (Mt 28,19). Lo cual, en términos de la época, corresponde a una verdadera "paideia" en la forma indicada anteriormente.

El ministerio de la "educación" cristiana está íntimamente ligado con la misión apostólica, la cual se relaciona a su vez con la misión de Cristo como enviado del Padre para comunicar su Palabra y su Espíritu.

2.2 La formación de la conciencia

Debe ser considerada, como dijimos antes, una parte y muy importante, de la educación del cristiano.

La conciencia está referida directamente al obrar moral.

Siguiendo uno a uno los elementos indicados anteriormente sobre lo que es la conciencia cristiana, es evidente que la educación de la misma se inicia por la experiencia del Espíritu en el espíritu.

Comunicar una experiencia es algo sumamente complejo. Y más si esa experiencia es por naturaleza "incomunicable" en sí misma, como lo es la del Espíritu.

En realidad, la experiencia del Espíritu es obra del mismo Espíritu. Por consiguiente, la "educación" cristiana, cuyo primer paso consiste en la "comunicación" de esta experiencia se reduce a la comunicación de qué esa experiencia se ha tenido;

lo cual se constituye en testimonio para los demás. Este testimonio se hace presente en la operatividad conforme al Espíritu: quien ha tenido la experiencia del Espíritu y actúa guiado por sus mociones, se constituye en testigo del Espíritu en su misma vida moral. Lo cual incita al conocimiento de Cristo y de su Espíritu, base para que el Espíritu proceda a que en otra persona suceda semejante experiencia.

En síntesis, tal experiencia es un don divino.

Pero una vez lograda la experiencia, el desarrollo de las tres funciones de la conciencia (entendimiento, juicio y discernimiento) ocurren no solo por obra del Espíritu, sino en colaboración con quien "forma" la conciencia.

El "formador" de la conciencia por excelencia, además de ser el mismo Espíritu Santo que guía los corazones, es la Iglesia o comunidad de "espirituales".

En efecto, la "inteligencia" de las cosas de Dios se logra en un ambiente adecuado: en donde su Palabra y su Espíritu habitan, en donde la comunidad de Padre, de Palabra y de Espíritu consiste en una comunicación o participación por igual de los dones recibidos por cada miembro. Es una verdadera "koinonia" de bienes espirituales lo que permite al hombre crecer en la inteligencia de los misterios de la vida íntima de Dios y de su relación con el mundo.

"Formación" de la conciencia significa ante todo el adquirir la

“forma” perfecta, que ocurre por “in-formación” del entendimiento a partir de la obra del Espíritu que se convierte en “cuasi-forma” de la misma conciencia, haciendo que ésta capte lo que por sí misma no podría captar.

La conciencia, en su proceso de “in-formación” por el espíritu, adquiere un conocimiento de la Voluntad divina (es decir, del Espíritu Santo).

La conciencia humana (“syneidesis”), instruída por el Espíritu Santo, capta la voluntad divina como norma de conducta (Rm 9,1; 1 Tes 5,19; 2 Cor 4,2; 1Tim 1,5.19; 2Tim 1,3; Hebr 10,22; 1Cor 10,25-27).

Entonces ocurre la etapa crítica (del juicio). La formación de este elemento conciencial también ocurre por obra del Espíritu primariamente, y por obra de la comunidad paralelamente (Rm 13,6). También aquí es la “syneidesis” la que realiza el juicio, pero siempre guiada por el movimiento crítico del Espíritu. Y ella es la que ubica los datos del juicio para valorarlos.

Formar el juicio equivale a efectuar una selección de valores bajo la guía del Espíritu. Guía que no solo es de tipo puramente noético, sino esencialmente vital. Se trata de un estímulo del Espíritu en sentido de su propia Voluntad, lo que permite captar los valores divinos que priman o deben primar para el discernimiento.

La formación del discernimiento igualmente ocurre por obra del Espíritu y de la comunidad cristia-

na. En esta función conciencial el procedimiento es más lento, pues la valoración se hace más difícil en situaciones complejas.

Sin embargo el Espíritu se manifiesta por su luminosidad y por su moción. De tal manera que el discernimiento se hace posible a través de signos.

En tal caso la formación del discernimiento consiste en el ejercicio cristiano de discernimiento de los signos del Espíritu. En esta obra han sido los místicos magnífica prueba de la posibilidad de esta operación cristiana.

Formar el discernimiento, lo mismo que el juicio o el entendimiento cristiano, es una obra lenta y difícil pero necesaria y no imposible, en manera alguna. Negar la posibilidad o una cierta “facilidad” de este discernimiento espiritual, sería negar la obra del Espíritu. Quizás el problema radique en la poca “cantidad” de Espíritu Santo.

El trabajo del cristiano para la maduración o formación continua de su conciencia, implica ante todo una “atención” continua a las mociones e iluminaciones del Espíritu (Sant 2,22;24; 1Cor 10,7; 2Cor 12,6; Mc 4,24; 2Jn 8).

Además de “estar atentos”, los cristianos deben reflexionar constantemente sobre los dones divinos y sus consecuencias personales (Rm 7,23; 1Cor 1,26; Ef 5,15-17).

El prestar atención y reflexionar sobre los dones recibidos y sus consecuencias, debe suceder en medio

de la vida, sin permitir que los acontecimientos de ésta opaquen la percepción concienical del Espíritu (Lc 21,34). Debe, pues, evitarse la negligencia en este aspecto, so pena de ser absorbido el cristiano por la fuerza contraria al Espíritu (1Tim 4,14).

En sentido neotestamentario, esta actitud del cristiano, de atención y reflexión sobre la presencia y moción del Espíritu, se sintetiza en el término "memoria" que corresponde al "memorial" hebreo: se trata de un continuo esfuerzo por tener presente la realidad de lo que se es y de lo que se ha adquirido como cumplimiento de las promesas divinas.

Formación de la conciencia, en general, puede equivaler a formación de la "memoria" en términos y sentido bíblicos. De allí que ésto incluya no sólo la experiencia del Espíritu sino las tres funciones concienicales y en un solo bloque, todo el ser cristiano y sus consecuencias (2Tim 2,8; Jn 14,26). Todo esto es también obra del Espíritu.

CONCLUSION

La formación de la conciencia no es otra cosa que la formación de la personalidad cristiana, la "in-formación" por el Espíritu Santo.

Obra conjunta del mismo Espíritu y de la comunidad cristiana, implica en el cristiano una actitud

especial de alerta y de reflexión sobre la presencia y moción del Espíritu.

Es indispensable un desarrollo de las funciones concienicales de entendimiento, juicio y discernimiento. Esta formación y desarrollo de funciones concienicales requiere trabajo por parte del cristiano y la colaboración de quienes "hacen discípulos" de Cristo.

En términos modernos podría decirse que la "educación" cristiana y la "formación" de la conciencia ("hasta que se forme Cristo en vosotros", como diría San Pablo) es el contenido real de la pastoral.

Ahora bien, es un error pensar que este trabajo se puede realizar por el ejercicio o práctica de métodos destinados al desarrollo de facultades síquicas, fundándose en técnicas o procedimientos técnico-sicológicos.

Esta obra no puede efectuarse sino en colaboración con el Espíritu Santo y en estrecho contacto con El por la oración.

La tan minusvalorada "mística" cristiana pareciera ser el único camino eficiente para implantar el Espíritu en los cristianos y "formar" con El las conciencias.

El "procrear" cristianos y no impulsar su crecimiento en la vida del Espíritu minimiza la evangelización y la catequesis.

Las consideraciones anteriores constituyen un simple esquema de reflexión sin mayores pretensiones.

Es posible que una mayor profundización en la antropología paulina y, en general, en la vivencia cristiana de los primeros siglos, permita una mayor comprensión de los fundamentos teológicos de la Moral cristiana.

Estos fundamentos teológicos pueden orientar la Teología Moral por caminos bastante diferentes a los que han sido frecuentes en los últimos tiempos y que han demostrado en cierta forma su ineficacia al no lograr una verdadera efectividad operativa del cristianismo.

En un contexto como el de América Latina, en que es urgente una re-evangelización del continente con la intención de lograr un cristianismo más eficaz, que verdaderamente incida en el cambio estructural de los sistemas y permita un progreso y un desarrollo integral de nuestros pueblos, una Teología Moral repensada en sus más hondos fundamentos teológicos consignados en la Sagrada Escritura y en la tradición eclesial, puede contribuir seriamente al esfuerzo conjunto de la Iglesia por lograr una mayor eficacia secular del cristianismo.

BIBLIOGRAFIA

SPICQ, C., *"Théologie morale du Nouveau Testament"*, Gabalda, París 1970.

"Dieu et l'homme selon le Nouveau Testament", Du Cerf, París 1961.

MOUROUX, Jean, *"L'expérience chrétienne"*, Aubier, París 1954.

CERFAUX, L., *"Le chrétien dans la théologie paulinienne"*, Du Cerf, París 1962.

DELHAYE, Ph., *"La conciencia moral del cristiano"*, Herder, Barcelona 1969.